



No todas, por supuesto. Por aquellos días, en aquella aventura de ver y conocer, uno de aquellos hombres sabios que encontré por el camino, molinero de oficio, de dejarlo a sus anchas no hubiera dejado a otros meterse en su conversación, y en apenas unos minutos, los que empleamos en ir desde el camino real a su molino, molinero era, me contó que bajaba a él en la mula castaña, que era de su yerno, porque el macho romo se le había muerto; como se le murió la mujer y él se moriría cualquier día; y que el molino lo heredó de su padre, que se llamaba Pablo, y este de su abuelo, que se llamó Juan; y que las aguas eran de Somolinos y las tierras de Campisábalos. Luego supe que también fue concejal de Campisábalos cuando fue Alcalde don Aurelio Ricote. Tenía entonces, Abilio Ortega Sevilla, 94 años de edad; enjuto de carnes y ojos vivos. Entonces el molino era pura vida en la cabecera de la Laguna; hoy es enredo de zarzales con recuerdo de gentes que pasaron.

Sólo un pueblo, Villacadima, apareció en aquella aventura solitario. Allí, a las puertas desvencijadas de la iglesia almorcé una mañana; la techumbre amenazaba con caer y las losas que cubrieron los huesos de don Amador, don Clemente o don Diego Sanz Merino; los huesos de doña Antonia de Rosuero y doña María de Dávila; los del viejo Diego de Medina, que recibió título de hidalguía del alto y poderoso rey don Enrique IV, aparecían levantadas, y yacían a la rapiña de las pérfidas manos que ni el descanso de los muertos respetan.

Hoy todo aquello ha cambiado y en estos días sólo se habla de lo que se fue; y hay quien, puestos a prometer, que días son de ello, prometen que volverán, como las golondrinas, los viejos tiempos; y uno, escéptico por edad y lo vivido, no se lo cree. Porque cuando se pudo no se quiso y ahora que se quiere, porque la gente de los pueblos ha levantado la voz, no se puede.

Uno de los más gloriosos alcaldes de la noble villa de Atienza, natural de Miedes, gobernador del municipio por espacio de treinta años, o por ahí, presumió, todos ellos, de que Atienza no necesitaba nada. Y hubo quienes le reían la gracia, cuando lo necesitaba todo; pero por aquellos tiempos, hace cuarenta años, parece que en los pueblos estorbaba gente y quienes quedaban decían